



f /asuntospublicos

@ced_cl

Novedades

15/09/2017

Política

John Maynard Keynes y la ciencia económica

08/09/2017

Política

Venezuela y la Supuesta "Democracia en Crisis"

01/09/2017

Política

Desafíos de Hábitat III: una Nueva Agenda Urbana hacia el Desarrollo Sostenible

25/08/2017

Economía

Tres por falta de uno

18/08/2017

Política

A 80 Años de su muerte: Dos lecciones de Chesterton para los Socialcristianos de hoy

11/08/2017

Política

La Reforma Agraria, cincuenta años después: características de su aplicación y lecciones para el presente

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.cl.

©2000 asuntospublicos.cl. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Informe 1308

Política

15/09/2017

John Maynard Keynes y la ciencia económica

Sergio Micco Aguayo¹

John Maynard Keynes sabía, al igual que Schumpeter, que el capitalismo es destrucción creadora de empleos y empresas y no oculta su radical individualismo y su utilitarismo avasallador. (Giner, 2010:22-29). Que eso genera riqueza no cabe duda, pero también miedo y rechazo. ¿Por qué? Porque deshumanizan a tal punto las relaciones sociales que el trabajo se hace mercancía, la naturaleza un recurso y la patria un arcaico artificio en vías de desaparecer. (Polanyi, 2003:118-128). La respuesta filosófica-política de Keynes fue afirmar que los seres humanos no estaban dispuestos a soportar un mundo de tan radical incertidumbre, por lo que exigían una acción decidida del Estado dando "seguridad social" para todos. Fascistas y comunistas habían comprendido muy bien esto. Y sus éxitos dando orden y crecimiento económico a las convulsionadas sociedades post 1918 no eran menores. Pero Keynes quería salvar la libertad política y económica. El, a su manera, era políticamente un liberal.

Por eso en 1926 llamó a poner fin al "Laissez Faire". Keynes se rebeló contra conclusiones económicas que se basaban en supuestos irreales y en concepciones abominables de la sociedad. Algo no le parecía bien en una doctrina que afirmaba que lo que importaba era el resultado final de la lucha, no los costos de la misma. Con ironía decía que si el objetivo de la vida es cortar las hojas más altas de los árboles, las jirafas de cuello largo prevalecerían dejando morir de hambre a las que lo tienen más corto. La sabiduría de la naturaleza haría desaparecer a las menos aptas y toda protección y piedad debía evitarse por ineficaz e ineficiente. Sin embargo, para Keynes era obvio que "si nos preocupa el bienestar de las jirafas, no debemos pasar por alto los sufrimientos de los cuellos más cortos que están muertos de hambre o las dulces hojas que caen al suelo y son pisoteadas en la lucha, o el hartazgo de las que tienen el cuello más largo, o el mal aspecto de ansiedad o voracidad agresiva que nubla los pacíficos rostros del rebaño". (Keynes, 1997:288).

¹ Abogado. Máster en Ciencia Política. Doctor en Filosofía. Profesor del Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile. Presidente Directorio CED.

Para los economistas tradicionales los seres humanos eran y son verdaderos átomos que, movidos por su interés individual, van determinando su comportamiento a través de expectativas racionales de costo y beneficio, ajustando recursos escasos para satisfacer necesidades ilimitadas, intentando así maximizar sus utilidades. Sin embargo, hoy sabemos, entre otras cosas por el avance de la filosofía y de las ciencias naturales y sociales, que los seres humanos fijamos nuestras necesidades y finalidades, no sólo condicionadas por la naturaleza que tenemos sino que por la cultura que habitamos. Es lo que Keynes llamó convenciones. Aquí entonces estamos saliendo del individuo y entrando en la sociedad; saliendo de la razón individual y entrando en la convención colectiva; pasando del individuo gobernado por sus expectativas racionales a otro condicionado por sus "expectativas convencionales". (Down, 2002: 175-188). Por cierto las instituciones políticas y los contratos comerciales son convenciones que reducen la complejidad de la economía y la radical incertidumbre del mundo. (Crespo, 2000: 171-191).

Keynes no sólo criticó al "laissez faire" que exaltaba sin más el individualista afán de lucro. También objetó la economía tradicional como heredera de las ideas de su tiempo. Al igual que la física de Newton en que los planetas son gigantes independientes mantenidos en equilibrio por la ley de gravedad, los seres humanos eran vistos como átomos que alcanzan el equilibrio en el mercado, movidos por la fuerza del interés propio racional, nuestra ley de gravedad, que opera en un entorno de libre competencia. Si dejáramos al mundo económico seguir su propio derrotero este alcanzaría su equilibrio. Costos, precios, salarios, producción, consumo, oferta y demanda se ajustarían en un maravilloso equilibrio parecido al cósmico. Los economistas tradicionales sabían de las perturbaciones de corto plazo, pero apostaban a que, finalmente, se produciría el ajuste por sí mismo en largo plazo, "aunque con chirridos, gemidos y sacudidas, e interrumpidos por lapsos temporales, interferencias externas y errores". (Skidelsky, 2009: 102). Keynes, como lo señaló en uno de sus adagios más conocidos, sostuvo que "el largo plazo es una guía engañosa para los asuntos. A largo plazo todos estaremos muertos. Los economistas se asignan una tarea demasiado fácil y demasiado inútil si en época de tormentas sólo pueden decirnos que cuando la tormenta haya pasado el océano volverá a estar en calma". (Skidelsky, 2009: 102). La experiencia del fascismo y del comunismo demostraba que la ciudadanía no estaba dispuesta a sentarse a esperar los ajustes del mercado, cuando su trabajo, propiedad y familia estaban en juego. Los seres humanos somos "reino de fines", valiosos en sí mismo, y no simples piezas de una máquina o partes de un todo orgánico.

Más aún, Keynes no creía en esta visión de las cosas en que los seres humanos somos como bolas de billar cuya posición y velocidad pueda preverse cuidadosamente mediante sofisticados sistemas matemáticos. Para él la economía era "una ciencia moral... trata de introspección y valores...trata de motivos, expectativas, incertidumbres psicológicas. Uno tiene que estar constantemente en guardia para no tratar el material como si fuera constante y homogéneo". (Skidelsky, 2009: 103). Es como si la caída de la manzana al suelo dependiera de los motivos de la manzana, de si vale la pena caerse al suelo, y de que el suelo quisiera que cayese la manzana, y de cálculos erróneos por parte de la manzana sobre a qué distancia estaba del centro de la tierra". (Skidelsky, 2009: 103). La libertad y voluntad no solo le permiten tener una concepción del bien, un sentido de la justicia y autonomía para fijar sus propias leyes de comportamiento económico, sino que también para cambiarlas constantemente. La economía es ciencia moral. Esta es una consecuencia ontológica inescapable que nos permite explicar por qué el comportamiento económico de los hombres cambia y, a veces, es muy bueno que así sea. Adam Smith señaló que humanidad, justicia, generosidad y espíritu público, eran cualidades de la mayor utilidad para los demás y teorizó acerca de las tendencias de los seres humanos hacia el compañerismo y la búsqueda de la aprobación del otro (y no sólo lo que tenía guardado en su bolsillo derecho) (Sen, 1999: 98). El precio de venta de un acre de tierra será mucho más

caro si el vendedor desprecia al comprador. (Cepal, 2003:64,92)². En suma, la economía como ciencia no escapa a la moral, es decir, a la libertad y responsabilidad de los seres humanos que no dejan de tener sentimientos morales (Sen, 1999:314-317).

Que la economía sea ciencia moral y no natural lleva otra consecuencia central, esta vez un corolario metodológico. Este es que no debemos abusar de modelos abstractos y de la estadística aplicada para predecir el comportamiento humano. Robert Skidelsky nos ha recordado que los economistas construyen modelos “parcos” que limitan expresamente el número de variables en juego, simplificando la realidad para poder explicarla y eventualmente predecirla. Los supuestos de los cuales parten también son estilizados y aislados. El más clásico es suponer que el hombre es un homo economicus que, motivado por el propio interés, busca racionalmente maximizar sus utilidades, al menor costo posible, utilizando una información perfecta. Al reducir los factores intervinientes y partir de ciertos supuestos, avalados ciertamente por la experiencia, los economistas no actúan arbitrariamente; pero sí hacen que sus resultados no sean realistas. Los casos “puros” no son los casos “promedios”. Los comportamientos económicos humanos conforman sistemas no lineales que tienden a ser caóticos. (Ormerod, 1995:227). Las expectativas económicas son moldeadas desde fuera por las instituciones políticas, las convenciones sociales y, por cierto, los sustratos antropológicos más profundos (Todd, 2001,41-63). Por ello, las simplificaciones y modelizaciones son indispensables para reducir la complejidad, pero nunca debe olvidarse que ellas no son la realidad.

La complejidad de las fuerzas que influyen en la economía nos la demuestra la historia. La peste negra que hizo escasa la mano de obra acabó con el feudalismo europeo; la masiva confiscación del oro inca sentó las bases del capitalismo europeo; una tormenta acabó con la Armada Invencible de Felipe II y la Europa dominada por España dio paso al Imperio británico de la reina Isabel hasta la reina Victoria; el descubrimiento de rutas marinas para llegar al Asia hundieron Venecia y lanzaron al estrellato financiero a Amberes y luego Ámsterdam; cambios tecnológicos en las armas hundieron grandes reinos e hicieron económicamente poderosas a pequeñas repúblicas; etc. Es cierto que el avance de la ciencia y del aprendizaje humano ha hecho más predecible la vida económica. Pero lo lento que somos los hombres en aprender, nuestra infinita capacidad de equivocarnos y la siempre abierta posibilidad de la innovación vuelven a reintroducir la radical incertidumbre y complejidad de la economía. La globalización financiera alentada por los cambios tecnológicos o la desmaterialización de la economía real son hoy buenos ejemplos de innovaciones que alteran todo (Ingham, 2010). Fundar su estudio principalmente en métodos de observación abstractos, simples y cuantitativos la llevará al fracaso una vez tras otra.

Por todo lo anterior, Ormerod ha sostenido que la economía como ciencia se parece más a la paleontología, la astronomía y la climatología pues los datos con los que trabaja son incompletos, susceptibles de errores y sólo existe una única historia disponible (Ormerod, 1994: 270). En ella son de importancia crucial los shocks externos. La ley de la selección natural para explicar qué especies sobreviven y cuáles perecen no rige cuando cae un meteorito que lo destruye casi todo (Ormerod, 1994:271). Si la ciencia económica tuviese la capacidad de la física a la hora de predecir el futuro, ¿no serían ricos todos los economistas inteligentes dedicados a ganar dinero? (McCloskey, 1983 y 2010). Es tan baja la capacidad de pronosticar el futuro de todo cientista social que parece que no hay mejor fórmula que “pronosticar a menudo y pronosticar tarde” (Ormerod, 1994:142).

² Robinson y Schmidt descubrieron que sobre los automóviles usados se aplicaba un descuento de hasta 14% a familiares en situación de pobreza, ninguno a los extraños y se recargaba un 23% a los vecinos desagradables.

¿Qué hacer entonces? No hundirse en la depresión y, por cierto, constatar que la economía puede y ha hecho grandes avances a la hora de ayudar a las sociedades a crecer generando riqueza material y calidad de vida. En particular, la econometría nos puede ayudar siempre y cuando asuma sus límites. Keynes desarrolló cuatro. El primero, el análisis de regresión para descubrir parámetros y luego tratarlos como constantes y homogéneos es un grave error. Las relaciones económicas cambian constantemente en el tiempo y en el espacio. Lo segundo, es que muchas modelizaciones cuantitativas no son más que racionalizaciones ad hoc de posiciones previamente asumidas por el investigador. Eligiendo libremente los coeficientes y los tiempos de análisis, podemos llegar a cualquier conclusión. Tercero, es el análisis cualitativo el que más nos sirve cuando se trata de estudiar la economía, pues en ella existen influencias tan importantes que no se pueden reducir a la estadística. Cuarto, el análisis estadístico es útil para estudiar áreas más bien simples y abstractas de la realidad. Por ejemplo, el tráfico ferroviario puede estudiarse muy bien mediante este método, pero no así los ciclos de crédito o la incertidumbre en las inversiones a largo plazo. (Skidelsky, 2009: 111-112).

Por último, una mejor economía debe asumir con Keynes el realismo de los supuestos y que el número e importancia de los factores en juego es central. Para ello la observación constante y sistemática de la realidad, desprovista del mayor número de prejuicios posibles, es insustituible. Por lo anterior desconfiaba de economistas encerrados en sus gabinetes, poseedores de sistemáticos métodos estadísticos y abundantísimas bases empíricas, que olvidaban la intuición y el sentido común de la gente ordinaria. En suma, las conclusiones de la observación atenta debían ser falsificadas con el bombardeo de las estadísticas y de los modelos, pero no al revés y jamás sustituyendo la segunda a la primera. Así, él vio que en el mundo real no hay perfección en la flexibilidad de salarios y precios, en la competencia, en la información, etc. Observó que el dinero era un elemento central para cubrirse de la incertidumbre económica; que los cambios de opinión sobre el futuro influían mucho más en las inversiones de los empresarios que los cambios en las tasas de interés y que cuando las expectativas eran malas los empresarios bajaban la producción más que los precios relativos, en fin. (Skidelsky, 2009: 105).

Necesitamos a los economistas a más no poder. Lo dijo quizás el más influyente de ellos durante el siglo XX: John Maynard Keynes. "Las ideas de los economistas y de los filósofos políticos, tanto cuando tienen razón como cuando no la tienen, son más poderosas de lo que suele creerse. De hecho, el mundo apenas se rige por otra cosa. Los hombres prácticos, que se creen libres de toda influencia intelectual, generalmente son esclavos de algún economista ya desaparecido". (Krugman, 2000, 7). ¿Por qué? Porque ellos nos aportan conocimientos indispensables para comprender la realidad más apremiante de los seres humanos: la satisfacción de sus necesidades físicas³. Finalmente producir bienes y servicios nos permite sobrevivir y a medida que vamos ascendiendo en la escala de valor vamos generando una civilización (y también podemos ir destruyéndola). El economista piensa también en una realidad que anhela y en la que el bienestar material de todos sea satisfecho. Esto no separa a la economía liberal -a lo Adam Smith- de la socialista -a lo Karl Marx. Finalmente, el economista pretende describirnos caminos que unan la realidad que tenemos con la que deseamos. Para ello recurre a la ciencia económica empírica, a modelos matemáticos y a la experiencia comparada que sí puede ser un verdadero laboratorio de lo que los países deben y no deben hacer con sus economías⁴. Dependemos entonces de las ideas económicas y de sus cultores. Pero para ello necesitamos de

³ Por cierto nos podemos preocupar de comer tranquilos sólo después de habernos asegurado que no nos matarán mientras lo hacemos. Lo que nos lleva a la necesidad de la política y de sus cultores. Esto nos dirige a Thomas Hobbes y nos saca de los terrenos de Adam Smith.

⁴ De hecho Chile ha sido un magnífico laboratorio, sobre todo desde 1939 en adelante. De nuevo, la experiencia neoliberal no sale bien parada (Ffrench-Davis, 2004)

una buena economía que no se deje llevar por el saber convencional ni por los intereses de turno. Es lo que nos enseñó John Maynard Keynes.

Bibliografía

Crespo, Ricardo (2000). Liberalismo económico y libertad. Madrid: Rialp.

Down, Douglas (ed.) (2003). Entender el capitalismo. Barcelona: Bellaterra.

Giner, Salvador (2010). El futuro del capitalismo. Barcelona: Península.

Keynes, Maynard, John (1997). Ensayos de persuasión. Barcelona: Ediciones Folio.

Krugman, Paul (2000). Vendiendo prosperidad. Barcelona: Ariel.

Ormerod, Paul (1995). Por una nueva economía. Barcelona: Anagrama.

Polanyi, Karl (2003). La gran transformación. México: Fondo de Cultura Económica.

Sachs, Jeffrey (2008). Economía para un planeta abarrotado. Buenos Aires: Debate.

Skidelsky, Robert (2009). El regreso de Keynes. Barcelona: Crítica.

Todd, Emmanuel (2001). La ilusión económica. Santillana: Madrid.